

## IV

### **DIRECCIÓN STALINIZADA. AYUDA Y DIPLOMACIA SOVIÉTICAS**

Como se tiene señalado, una serie de circunstancias han empujado al régimen castrista hacia el bloque soviético. La ayuda rusa, china, checoslovaca, etc, contribuye a aliviar las dificultades económicas creadas por el sabotaje norteamericano, aunque no a eliminarlas completamente.

La URSS utiliza la ayuda económica para convertir a Cuba en uno de sus puntos de apoyo en la guerra fría y desde este momento se transforma en una ficha de la diplomacia soviética. Se trata de una ayuda política condicionada y frente a esta realidad pierde importancia la cuestión de saber si Rusia gana o pierde comprando azúcar cubano y si los intereses de los empréstitos son bajos o elevados.

El condicionamiento político de que hablamos es el siguiente: control del gobierno y de la revolución por el stalinismo; obligación de las autoridades cubanas de trabajar en la isla y fuera de ella en cooperación y bajo la vigilancia de los partidos comunistas. Así Castro se ha convertido en prisionero del aparato stalinista que funciona en Cuba. A pesar de todo, el dirigente del Movimiento 26 de Julio es todo un caudillo, cuya autoridad es hasta ahora indiscutida en su país, y por esto ofrece cierta resistencia - resistencia muda que muy pocas veces aflora- a la voluntad dictatorial de la burocracia moscovita. El stalinismo se encamina firmemente a la eliminación política de Castro. La implantación de la llamada dirección colectiva tiene como finalidad controlar toda la actividad del caudillo mediante el aparato del Partido Socialista Popular. La última crisis le ha permitido a Castro recobrar parte de sus prerrogativas, pero solamente por un tiempo mientras el gobierno siga entregado al stalinismo.

La ayuda soviética, que tiene significación desde un punto estrictamente económico, ha resultado políticamente perjudicial y amenaza con estrangular sus perspectivas.

Los que han escrito sobre Cuba no han dado una explicación satisfactoria de la evolución sufrida en la actitud de los dirigentes del Movimiento 26 de Julio. No solamente hay diferencia, sino total contraste entre el humanismo del primer momento y el "bolchevismo" de los discursos pronunciados por Castro el 10. y 22 de diciembre, cuyos insólitos textos jamás han sido publicados en su integridad dentro de Cuba.

"Lo que pasa es que no pueden decir que somos comunistas porque tendrían que decir que es comunista todo el pueblo de Cuba. Eso es absurdo" (Castro, 8 de enero de 1959, "Discurso del "Dr. Fidel Castro", Cuadernos de historia Habanera). "Considero que no estoy diciendo más que una verdad histórica, y a mí no me van a llamar comunista por eso, porque yo no soy comunista... Estoy diciendo la verdad. Aquí se ha querido decir que quien no sea un vendido y un incondicional miserable de los americanos, entonces es un comunista... Pero yo no soy comunista ni me rindo a los americanos" (Discurso de 15 de enero de 1959, Idem).

Citas análogas podrían repetirse hasta el infinito.

El otro Castro es el de los discursos de diciembre de 1961. Se trata de textos llenos de contradicciones, donde la autocrítica pierde su valor ante la autoalabanza. Castro dice de sí mismo que ha sido y no revolucionario, que su obra es imperecedera y que pecaba de tonto. El estudio de su texto permite suponer que ha sido elaborado a través de la discusión con el equipo stalinista y que la línea política le ha sido impuesta a Castro:

"Mis primeros contactos en la Universidad... ya hasta con la economía política burguesa, porque siempre recuerdo que empecé a entrar en contradicción y empecé a concebir algunas ideas revolucionarias estudiando una economía política burguesa. Después, naturalmente, en la Universidad empezamos nosotros a tener los primeros contactos con el Manifiesto Comunista... Es posible que haya tenido dos millones de prejuicios pequeñoburgueses y una serie de ideas, todavía, que me alegro no tenerlas hoy... Y a lo mejor si yo no hubiese tenido todos estos prejuicios no hubiera estado en condiciones de hacer un

aporte a la revolución como el que hemos hecho.

“Entonces, ya para aquella fecha, el pensamiento revolucionario nuestro, en líneas generales, estaba formado. No éramos, sin embargo, unos revolucionarios completos; éramos mucho más revolucionarios en el poder. Somos revolucionarios convencidos.

“Me considero hoy más revolucionario de lo que era todavía el primero de enero. ¿Era el primero de enero revolucionario? Sí, creo que era revolucionario el primero de enero.

“Ahora bien, ¿soy en este momento un hombre que ha estudiado a fondo toda la filosofía política de la revolución, toda la historia? No, no las he estudiado a fondo. Desde luego, soy un absoluto convencido y tengo el propósito -que es el propósito que debemos tener todos- de estudiar.

“¿Creo en el marxismo? ¡Creo absolutamente en el marxismo!... ¿Tenía prejuicios? Sí, tenía prejuicios; cuando el 26 de julio, sí. ¿Me puedo llamar un revolucionario cabal cuando el 26 de julio? No, no me puedo llamar un revolucionario cabal. ¿Me podía llamar un revolucionario cabal el primero de enero? No, no me podía llamar un revolucionario casi cabal.

“Soy marxista-leninista, y lo seré hasta los últimos días de mi vida.

¿He tenido prejuicios con respecto a los comunistas? Sí. ¿Fui influido por la propaganda del imperialismo y de la reacción alguna vez contra los comunistas? Sí. ¿Qué creía de los comunistas?, ¿Creía que eran ladrones? No, jamás; siempre a los comunistas -en la universidad y en todas partes- los tenían por gente honrada, honesta... Pero, bueno, ese no es ningún mérito especial, porque casi todo el mundo les reconoce eso. ¿Tenía la idea de que eran sectarios? Sí. Sencillamente, estoy convencido que las ideas que tenía sobre los comunistas -no sobre el marxismo, sobre el Partido Comunista- eran, como las ideas de muchas gentes, producto de la propaganda y de los prejuicios inculcados desde chiquitos, prácticamente desde la escuela casi, en las universidades, en dondequiera, en el cine y en todos los lugares.”

Se tiene la impresión de estar asistiendo a la confesión de un reo de la NKVD, dicha para agradar al amo y para justificar los errores del pasado. ¿Cómo ha podido llegar a semejante estado de postración el caudillo de Sierra Maestra? Es el precio que paga por la ayuda económica y militar soviéticas. Habla por compromiso, repite en público lo que se le ha instruido. Tal es el secreto de la sorprendente evolución de Castro: el intelectual pequeñoburgués se acomoda al stalinismo. Este oportunismo perjudica seriamente a la revolución porque la desarma ideológicamente y porque deja libres las manos del stalinismo.

Los discursos de diciembre han desconcertado y desmentido a los observadores. Para unos Castro había engañado a la opinión pública mundial: era un comunista encubierto. Todavía en 1960 Mills (“Escucha yanqui”), Leo Huberman y Paul M. Sweezy (“Cuba, anatomía de una revolución”), Sartre y otros de menor relieve juraban que Castro no fue comunista, no era ni sería en el futuro. El mismo criterio sostuvo L. Matthews -el primer periodista que entrevistó a Castro en Sierra Maestra- y sólo muy tarde se rectificó. Theodore Draper, que pasa por acucioso observador, sostiene la tesis de que Castro ha estudiado marxismo y que su evolución se debe a un proceso lento y orgánico. Todas estas son falsas especulaciones porque ignoran al stalinismo, el único responsable de la escandalosa voltereta de Castro.

La diplomacia soviética, empeñada en someter a sus decisiones la revolución cubana, ejecuta la política contrarrevolucionaria de la burocracia en el plano internacional. A Kruschev le interesa Cuba en la medida en que puede servir a su política.

La ayuda económica y militar prestada por la URSS, está subordinada a la táctica de la coexistencia pacífica. Los marxistas nunca hemos sido pacifistas y por eso nos extraña oír que esa línea política se inspira en el amor a la paz universal. Rusia rehuye la guerra por una razón sencillísima, porque su potencialidad económica está por debajo de la del bloque imperialista. La guerra gana el país que tiene mayor fortaleza económica.

Cuando los Estados Unidos amenazaron, con sus medidas agresivas, precipitar la tercera guerra mundial, la URSS retrocedió ostensiblemente en Cuba, que con anterioridad había instalado armas nucleares, bombarderos y cohetes. Los castristas se ufanaron del apoyo de una poderosa potencia, capaz de

pulverizar al imperialismo, si éste tuviese la osadía de agredir a Cuba. Estas promesas y discursos aparecen ante el hombre de la calle como palabrería vacía.

La última crisis demuestra a dónde puede ir la política stalinista. Está dispuesta a sacrificar la revolución cubana o cualquier otra, si este sacrificio puede servir a su política internacional. Kruschev, con cinismo y torpeza, ha aceptado retirar cohetes, bombarderos de la isla, esto bajo el control de los norteamericanos. El imperialismo, fortalecido por su primera victoria, pide la evacuación de las tropas soviéticas. No es el abandono total de la isla, pero lo ocurrido debe interpretarse como un anuncio de que ese abandono puede producirse en todos los frentes si los yanquis se muestran intransigentes en sus exigencias. Castro ha expresado públicamente su disconformidad con la conducta rusa y su enojo ha sido neutralizado con promesas de acentuar la ayuda económica. Como se ve, la entrega del gobierno cubano al stalinismo debilita tremendamente a la revolución.

Las consecuencias de la retirada rusa han sido enormes. El prestigio de Castro ha caído muchísimo, desde el momento en que ha aparecido como simple pelele. Las fuerzas contrarrevolucionarias han levantado la cabeza y los yanquis las alientan para que acentúen sus ataques contra Cuba. Los simpatizantes del socialismo se han, desmoralizado, muchos de ellos apoyaban al stalinismo porque estaban seguros que el imperialismo desaparecería ante el primer grito de Kruschev. Las tendencias neutralistas han sido debilitadas. En el Brasil se ataca al neutralismo del gobierno y se pretende que vuelva a lo que se llama política internacional independiente. Ben Bella se ha visto obligado a ilegalizar al partido comunista de Argel y a moderar su izquierdismo.

La revolución cubana, mientras continúe en manos del stalinismo, corre el serio riesgo de perecer, como consecuencia de la política internacional de la URSS o de un ataque imperialista. Para el stalinismo Alemania y Turquía tiene mayor importancia que el Caribe. Para la revolución mundial Cuba adquiere importancia de primer orden. La consigna del momento es pues defender Cuba por encima de todas las cosas.

La crisis cubana ha repercutido directamente dentro del stalinismo. Los últimos acontecimientos han puesto al descubierto que existe una real pugna entre la URSS y la China por el control del movimiento comunista de los otros países.

La retirada soviética ha sido dura y públicamente criticada por chinos, albaneses y norcoreanos. Kruschev ha sido calificado como "capitulador ante los yanquis y como revisionista". El congreso del Partido Comunista Italiano se ha visto transformado en tribuna desde donde se han difundido estas discrepancias. La crisis cubana ha ahondado la fisura del mundo stalinista.

Muchos esperaban que Castro siguiese el camino de Tito, romper con Moscú y mejorar sus relaciones con los países capitalistas. Otros estaban seguros que Cuba seguiría el ejemplo de Albania: apoyarse en China para resistir a Moscú. Ninguno de estos dos extremos se ha dado y es de presumir que tampoco se darán en el futuro inmediato. El gobierno cubano depende, de un modo inmediato, de Rusia en el aspecto económico. Castro sabe que la ruptura precipitaría el colapso automático de su régimen, al que no correrá el líder cubano.

La diplomacia y política internacional china han chocado violentamente con la URSS en el problema de la India. La invasión a un país neutralista -además de demostrar que el neutralismo es, en definitiva, inoperante- ha dañado seriamente al bloque soviético y ha desprestigiado al movimiento revolucionario. Kruschev se ha visto obligado a jugar públicamente a dos cartas: enviar aviones a la India para su defensa y solidarizarse con los comunistas chinos.

¿En que se basa esta profunda contradicción entre la URSS y la China? Este último país desearía que la ayuda rusa sea de tal magnitud que pueda resolver los tremendos problemas que ha creado el esfuerzo de industrializar el país y revolucionar la agricultura sobre fundamentos económicos que son típicos del capitalismo atrasado. La experiencia ha demostrado que Rusia está materialmente imposibilitada de prestar tan descomunal auxilio. Partiendo de esta realidad, los chinos pretenden resolver sus premiosos problemas a través de una guerra internacional. Con ocasión de la crisis cubana ellos estaban deseosos de que se precipitase la tercera guerra mundial. Su resistencia a la teoría de la coexistencia pacífica se basa en tales cálculos utilitaristas y no en la fidelidad a tal o cual principio del leninismo.

El congreso del stalinismo italiano nos enseña que por el momento la batalla ha sido ganada por los rusos, los chinos han sido prácticamente aislados. Blas Roca ha creído de su deber no hacer la menor referencia a las discrepancias que agitan al stalinismo internacional.

Con todo, en los principales partidos comunistas se ha notado que los grupos que continúan fieles a la memoria de Stalin no han perdido la oportunidad de fustigar a los kruschevistas. La fricción se ha acentuado con motivo de la visita de Tito a Moscú. Es de esperarse que Krushev ordene la persecución a los disidentes.

La verdad es que el stalinismo carece de un comando único internacional. La burocracia bicéfala se ve seriamente debilitada. La realidad ha desmentido la teoría stalinista acerca de la caducidad de la Internacional Comunista, Las cosas han llegado a tal extremo que los chinos sostienen la necesidad de reconocer la total autonomía de los partidos comunistas, lo que significa el abandono de las formulaciones leninistas acerca del internacionalismo proletario.

Nuestra preocupación por el porvenir de la revolución cubana es grande porque no entrevemos la posibilidad del surgimiento inmediato de un partido proletario y porque estamos convencidos de que no existen condiciones objetivas que permitan a Castro romper con el stalinismo. Demás está decir que no alentamos la menor esperanza de que el líder cubano, debido a sus discrepancias con Moscú, se convierta en el animador de la bolchevización del Partido Unico o aplaste a la camarilla del Partido Socialista Popular.

La Paz, diciembre de 1962.